

Dinámica cultural, comunicación y democracia

Jorge Iván Bonilla Vélez*

Los rostros del paisaje. Un contexto necesario

En los tiempos que habitamos, la realidad no sólo está cambiando sino que también estalla ante nuestros ojos desbordando los antiguos mapas cognitivos de interpretación y las tradicionales formas de acción colectiva. Asistimos a un descentramiento en los modos convencionales de *representación*¹ social, política y ciudadana que no deja de producirnos desazón.

Vivimos tiempos de una complejidad cultural que, a menudo, raya con la perplejidad intelectual y la aceleración social. Los paisajes que nos eran familiares se han movido y hoy explotan frente a ellos los desengaños con las promesas no cumplidas de la democracia² y las desilusiones ante los ofrecimientos inconclusos de una *razón* formal, instrumentalizadora y excluyente, que solía

señalar, con impecable precisión, el camino verdadero para acceder al conocimiento, al futuro y a la redención.³ La palabra clave parece ser la crisis, y su conjugación el desencanto; a esto se refiere la descentración.

Este proceso, que más allá de lo que afirman los apologistas posmodernos, no nació con ellos sino que viene de una larga duración, es el resultado de la hipersecularización de los modos de comprender en la modernidad,⁴ aunque también podría ser una resimbolización de la mirada que reta a su lógica formal y a su discurso racional. En cualquier caso, se trata de un movimiento múltiple y complejo que evidencia, de un lado, una descomposición de la "totalidad" social y su régimen productor de conocimiento, y de otro, una segmentación del Estado, la política, los partidos, las relaciones de producción y

* *Comunicador Social, Universidad Pontificia Bolivariana*

1. Un análisis sugerente al respecto puede verse en: Josetxo Beriain. *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Barcelona, Anthropos, 1990. Capítulos II y V.

2. Sobre esta noción véase: Norberto Bobbio. *El futuro de la democracia*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985. p. 19-43.

3. Véase a: Norbert Lechner. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago, FLACSO, 1988. p. 165-189.

4. *Ibid.* p. 120 ss.

la clase, como lugares privilegiados⁵ que se constituían en los únicos portadores del fundamento-raíz de la vida en sociedad.

Los nombres que hoy le damos a dicha descomposición son: la globalización de la existencia —expresada en procesos de transnacionalización cultural—, la internacionalización económica y la planetarización cada vez mayor de la “agenda mundial”, los procesos de privatización de la experiencia e iniciativa social, la fragmentación ciudadana y la pérdida de fe en lo administrativo instrumental y sus modelos para enfrentar el futuro, “hacer” política o dotar de sentido la cuestión de las identidades colectivas.

La confusión es doble y el desconcierto no es menor. El signo de los tiempos está marcado por el surgimiento de aquello que nos “abre la visión” y nos vuelve habitantes planetarios sin salir de casa y por aquellos susurros que nos invitan al encerramiento en lo privado y al elogio de lo íntimo. A este lado, la integración con lo que nos llega de muchas partes y de ninguna; al otro, la desafección por las virtudes públicas y los ámbitos de deliberación colectiva.

Son las originarias certezas de corte racional-iluminista las que también han sufrido un profundo desacomodamiento de sus lugares primigenios de significación.⁶ Lo han hecho, no sólo porque

hoy persistan cuestiones por resolver, sino porque algunas han escapado a la racionalidad formal moderna y a su “episteme representacional”. Tal vez lo expuesto tenga que ver con el reverdecimiento de los nacionalismos, los neofundamentalismos y los “nuevos” movimientos energético-místico-religiosos. Igualmente, la derechización de la vida social —que se levanta irónica ante la crisis del Estado de bienestar— podría aludir a esas cuestiones que creíamos plenamente superadas por la historia de la modernidad.

Lo anterior nos obliga a preguntarnos si se trata de obsolescencias no resueltas por el proyecto siempre continuo de la modernidad, o ellas hacen parte de temporalidades, espacios y lógicas simbólicas no acotadas por su discurso filosófico y por esa visión de la modernidad como entidad uniforme que, similar a un gran árbol, extiende sus ramas y se expande con idénticos patrones de vida política, económica, social y cultural hacia todas las sociedades.⁷

En este contexto, surge el planteamiento acerca de la posibilidad que tiene América Latina para integrarse al mundo y apostar a la razón universal sin renegar de su memoria histórica e identidad (es) cultural (es), tejida (s) con base en constelaciones simbólicas que entrelazan elementos intolerantes, dogmáticos ausentes de reforma religiosa y

5. Para una mejor comprensión de lo planteado véase: Benjamín Arditi. “Una gramática posmoderna para pensar lo social”. En: Norbert Lechner (Ed.). *Cultura política y democratización*. Santiago, FLACSO-CLACSO, 1987. p. 169-188

6. Lo cual no significa proclamar su defunción o sostener su invalidez en estos tiempos del “todo vale”, sino algo más profundo: comprender que por sí mismas son insuficientes a la hora de pensar las mutaciones y transformaciones que se verifican en el campo cultural.

7. Una crítica a la noción homogénea de la modernidad puede verse en: José Joaquín Brunner. “América Latina en la encrucijada de la modernidad”. En: Luis Núñez y Beatriz Solís (Eds.). *En torno a la identidad Latinoamericana*. Memorias del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social. México, Felaface, 1992. p. 7-33.

revoluciones políticas coherentes con actitudes solidarias, comunitarias e imaginativas. El debate se centra en la posibilidad de pensar a América Latina reconocida en el espejo universal de la humanidad desde proyectos racionales que enfrenten sus desigualdades y carencias institucionales y posibiliten la expresión de esa *heterogeneidad*⁸ cultural que la constituye; y desde la cual, no sólo se incorpora a la idea "externa" de ser por fin modernos, sino que también ajusta la experiencia de la modernidad a sus condiciones "periféricas" de existencia.

II. Los signos de lo leve: cultura y medios de comunicación

Hoy, la sensación de un leve vacío —frustrante vacío—, parece apoderarse de nuestros anhelos y esperanzas colectivas. La consigna, para muchos, se dirige hacia el repliegue en lo privado, aquel jardín de vivencia compartida. Los miedos a la calle con sus maleantes, la desconfianza en el escenario estatal, político y partidista, la ausencia de proyectos de futuro, la disolución de las certezas para pensar y actuar en sociedad, conducen a las personas a "recluirse en lo propio y desconocer lo de los otros, transformando aquello en que se materializa el hecho colectivo en umbral de peligros que acechan: la vida pública como algo indeseable".⁹

Para muchos, el imperativo es asumir la democracia en lo que ésta tiene de perímetro protector del individuo fren-

te a los tentáculos de lo público. Es la libertad del *homo economicus* la que salta al escenario y, con ella, una noción de autonomía pensada como algo que nos protege de la "totalidad" de la política, ese lugar plagado de desconfianza con el cual sólo sería posible una pequeña reconciliación a la hora de elegir, es decir, en el momento de pensar la democracia en tanto mercado de elección y de control.

Sin embargo, hay preguntas que conservan toda su carga: ¿quiénes somos? ¿Somos solos o con el otro? ¿En qué radica nuestro interés por preguntar si la democracia puede o no sobrevivir a la levedad, que de la mano de las industrias culturales —en su versión de medios de comunicación y nuevas tecnologías de la información, propios de nuestra época— ha generado una subversión de los términos pero no su liquidación? ¿Acaso asistimos a la muerte de la seriedad y a la victoria de la levedad o a una descomposición y recomposición de lo que hasta hace poco eran dos realidades siempre distintas, lo público y lo privado, mediante un múltiple movimiento que abarca a los actores, los temas, los escenarios y las formas a partir de las cuales una y otra constituyen sus sentidos?

La afirmación más cómoda sería responder que, en efecto, la levedad es fruto de la cultura massmediática —sobre todo en su lenguaje electrónico y audiovisual— y de sus dosis de alienación e inmovilización de los anhelos colectivos. Afirmación bastante

8. *Ibid.* p. 24 ss.

9. Hugo Zemelman. "La cultura y el poder". En: Pablo González Casanova (Coord.). *América Latina, hoy*. México, Siglo Veintiuno, 1990. p. 238.

temeraria y, por lo mismo, poco exploradora de los retos que nos plantea el porvenir. Venimos de una idea de *representación* cultural que indaga por los signos de la impostura y la degradación ocasionados por las industrias massmediáticas, y deja de lado otras formas de "sensibilidad cultural" expresadas desde allí. Estas sensibilidades se articulan a esa traslación ambigua y caótica de la época, en la medida en que operan sobre la descentración de las cosmovisiones, las maneras de representar, sentir, conocer y reconocer y en los modos de juntarnos o alejarnos, afirmarnos o negarnos. ¿Es sólo la insolidaridad, el individualismo y el egoísmo más feroz lo que allí habita? O ¿son otras formas de dotar de sentido a la solidaridad, lo propio y lo ajeno, lo local y lo universal? Entonces, ¿de qué formas se trata?

Estos interrogantes nos conectan con algo más difuso: habitamos una coexistencia temporal¹⁰ en la que la expansión de una industria cultural liviana —esa misma que nos lleva hacia la fugacidad y la disolución del sentido— se yuxtapone, mezcla y convive con el desarrollo de una *industria cultural pesada*,¹¹ en un juego de doble vínculo en el que la esfera cultural se fracciona en múltiples sentidos, unos lentos y otros veloces, unos de fuga, otros de permanencia: "[...] Allí los estímulos, las respuestas, el condicionamiento operante,

el cómo y no el por qué; acá, por el contrario, la profundidad y sus síntomas, el *insight* y el aprendizaje, la hermenéutica sin fin, la gramática y el deseo. Allá la televisión, acá la novela. El horóscopo y la ciencia. Los efectos y las causas. La táctica y la estrategia."¹²

Admitir lo anterior, a diferencia del enfoque instrumental que encandila a tantos posmodernos, implica "salimos" del campo massmediático y sus poderosos tubos catódicos (hoy diríamos microchips) para regresar a él desde un escenario más amplio y contextualizado. En otras palabras, significa dejar de pensar los sistemas de comunicación masiva y sus redes tecnológicas como un Rey Midas —que convierte en *efecto* todo lo que toca—, para asumirlos como parte integrante de "un movimiento más global de remodelación de las formas de sociabilidad en una época de creciente complejidad urbana y notoria regulación tecnológica de la cotidianidad."¹³

Puede ser que, como piensan muchos, lo que estamos haciendo no es otra cosa que llamar con otro nombre una vieja certeza de índole funcionalista: la de los efectos. Esa puede ser una de las trampas que andan al acecho, sin embargo, se sostiene que la sociedad es la que cambia y por eso es posible comprender las transformaciones sufridas por los sistemas masivos de comunicación y sus usos. Con ello, "el problema a afrontar es de qué modo cambia la rela-

10. Sobre la coexistencia temporal entre lo liviano y lo pesado véase: José Joaquín Brunner. *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago, Flacso, 1988. p. 15-41.

11. Al hablar de industria cultural liviana, se alude a aspectos como: televisión, divulgación, lectura veloz, fotografía instantánea, diccionario de citas, ready made, escritura en serie, arte ocasional, religiones terapéuticas. Por su parte, la *industria cultural pesada* es aquella de las ideologías de larga duración: religiones milenarias, obras clásicas, educación formal, tabúes, sentidos de culpa, autoridad, belleza, metodología, saber acumulado.

12. José Joaquín Brunner. *Op. Cit.* p. 27.

13. María Cristina Mata. "Entre la plaza y la platea". En: Hector Schmucler y María Cristina Mata (Eds.) *Política y comunicación*. Buenos Aires, Ilet, 1992. p. 67.

ción de los usuarios con lo real y la experiencia de los hechos por el contacto continuo con la representación". Al decir esto, "lo que hay que interrogar no es un «efecto», sino la nueva percepción del mundo que engendra la espectacularización: esa sensación de llenura en el vacío, esa reducción de la tensión, esa sensación de participación que engendra la satisfacción de ver."¹⁴

III. Poder político y cultura: algunos desplazamientos que asumir.

Ubicar la industria cultural en esta perspectiva lleva a considerar los realineamientos del poder y las formas actuales como se enfrenta desde las necesidades y expectativas de las muchedumbres urbanas. Lo cambiante en estos tiempos no es solamente nuestra relación con el saber, el arte, la ciencia o la cultura. También está en juego la reinterpretación de los anhelos, la manera propia de percibirnos a nosotros y a los otros, de pensar el sentido de lo público, las posibilidades de la democracia, así como el significado mismo de nuestra vida colectiva.

Lo cambiante en estos tiempos alude tanto al surgimiento de "nuevas" demandas sociales no atendidas por los modos tradicionales de "hacer" política (partidos, parlamentos, sindicatos, asociaciones económicas), como a la manifestación de "nuevos" conflictos culturales relacionados con las "gramáticas

de las formas de vida",¹⁵ esto es, con la reproducción cultural, la integración social y los procesos de socialización individual y colectiva. Aspectos que forman parte de un "orden social" contemporáneo, entendido como el escenario donde conviven y compiten diversas esferas de la vida y expresiones culturales alusivas a un problemático proceso de diferenciación y segmentación de las identidades colectivas.

En América Latina, donde los problemas de la debilidad institucional, la desigualdad social y la crisis económica son el pan de cada día, es irónico e irresponsable afirmar que nuestros conflictos no pasan por la distribución y la vida material. Lo paradójico es que, aún sin resolver estos problemas, han entrado a competir con esas gramáticas de la vida que dirigen su atención, de un lado, hacia los nuevos sujetos populares y políticos (movimientos sociales extraparlamentarios, extrapartidistas) y, del otro, hacia los nuevos conflictos sociales (sexuales, generacionales, ambientales, de defensa de los derechos humanos, étnicos, regionales y de identidades urbanas de autogestión comunitaria, entre otros). Estos, a su vez, marcan la emergencia de diversos rostros y dinámicas culturales provenientes de una *socialidad* "informal" no tenida en cuenta, ni mucho menos resuelta por la representación política de la *sociedad* "formal",¹⁶ generando formas no institucionalizadas de expresión y resolución de sus demandas.

14. Jesús Martín Barbero. *Procesos de comunicación y matrices de cultura*. México, Felafacs, G. Gilli, 1987. p. 65.

15. Jostxo Beriain. *Op. Cit.* p. 194.

16. Sobre la tensión *sociedad formal/sociedad informal*, véase: Benjamín Arditi. *Op. Cit.* p. 81 ss. Este autor propone una distinción entre la *sociedad/lo social* como una categoría metodológica para abordar la problemática en cuestión. Así mismo, Michell Maffesoli trabaja dicha perspectiva desde la relación *sociedad/socialidad*, en su texto *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Icaria, 1990.

Esta situación conduce a repensar los desacomodamientos del poder y las maneras de enfrentarlo desde una realidad no menos cuestionadora: aquella que señala la tensión entre el *mundo de lo "social"* —"ese vasto territorio de fenómenos, identidades y formas de vida poco institucionalizados y "nomádicos" que rebasan, eluden o desafían los esfuerzos desplegados por el "buen orden" para codificarlos y someterlos"¹⁷ — y el *mundo de la sociedad* —ese buen orden "en el cual se han cristalizado institucionalmente las relaciones de poder",¹⁸ a través del lenguaje, las normas, las semánticas, las pragmáticas, los mitos y los ritos.

Se trata, pues, de una distinción entre lo "social informal", expresado en esas gramáticas de vida que nombran a otros sujetos y conflictos sociales, y la "sociedad formal" que transita por los senderos de lo institucional, lo normativo y lo unificador.

¿Es posible la articulación de estas dos esferas, de modo que la diferenciación y la unión no operen como simples ruedas sueltas, aisladas y desconectadas de un mundo vital común, o se confundan con modos de ser y de sentir siempre distintos pero jamás integrados a un orden colectivo? ¿Qué tipo de orden?¹⁹ El futuro de la democracia depende de la forma como encaremos la construcción de ese orden y éste obliga a repensar la tensión entre *unidad y*

diversidad, totalidad y diferencia sin caer en el autoritarismo o en el nihilismo como únicas medidas de solución.

Teniendo en cuenta que el propósito de este trabajo es mucho más modesto, él se limita a precisar qué le dice todo esto a la comunicación. Los realinderamientos del poder y las maneras de enfrentarlo pasan por el surgimiento de "nuevas" sensibilidades urbanas y regionales, sexuales y generacionales, públicas y privadas, individuales y colectivas, orales y escritas que se convierten en otras formas legítimas de conocimiento y desde las cuales la industria cultural liviana y sus saberes massmediáticos asumen el papel central en la reconstitución y recomposición de lo social.

Habría un doble movimiento de mediación comunicativa que ofrece algunas pistas en el análisis:²⁰

1. Desde un *movimiento sustitutivo* que advierte la enorme desproporción existente entre el espacio ocupado por los sistemas masivos de comunicación y la notable ausencia, en nuestros países, de "lugares adecuados para la expresión y negociación de unos conflictos que desbordan lo institucionalmente representable, esto es, la no representación en el discurso de la política y de la cultura de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías."²¹ Todo esto tiene que ver con la presencia y capacidad de interpelación

17. Benjamín Arditi. *Op. Cit.* p. 182.

18. *Ibid.*

19. Tal es la preocupación que subyace en los trabajos de Norbert Lechner, José Joaquín Brunner y Jesús Martín Barbero a la hora de pensar en un orden democrático que de cuenta de un "nosotros" colectivo que reconozca lo otro sin exclusiones y viceversa.

20. Para desarrollar el análisis esbozado, coincidimos con el planteamiento que realizan Jesús Martín Barbero y Nestor García Canclini, sobre los conceptos de "sustitución" y "constitución".

21. Jesús Martín Barbero. "Notas sobre el tejido comunicativo de la democracia". En: Javier Estenloui (Ed.). *Comunicación y democracia*. México, Conneic, 1992. p. 23.

social que gana la industria cultural, frente a la pérdida de representación, identificación y apropiación ciudadana que experimentan otras esferas como los partidos, la familia, la escuela, la ciudad y la calle.

Asumir lo anterior no significa caer en una simple causalidad de efectos, es decir, la discusión no puede centrarse en plantear si la comunicación masiva le ganó la guerra a la escuela como productora del saber o a los padres como inculcadores de valores. Lo sustitutivo alude más bien a esos otros espacios y esferas de la sociedad donde también se producen transformaciones que repercuten en el tejido colectivo, en la vida en comunidad, en el repliegue hacia lo privado, en el miedo a la calle y el refugio en la casa y en los medios. Unos medios que dejan de ser instrumentos de ocio y esparcimiento laboral para convertirse en lugares de reconocimiento y encuentro cultural.²²

De ahí el escozor que produce que lo massmediático, sobre todo en su versión medios de comunicación, se "apodere" de vastos campos de la vida cotidiana. Son amigos, consejeros, guías espirituales, maestros, detectives y jueces. A ellos se acude para hablar de problemas íntimos de la vida en pareja, para contar las penas, dedicar canciones, buscar amores o familiares desaparecidos, protestar por lo que sucede en la ciudad, encontrar soluciones "rápidas" a los problemas de la existencia e incluso, para ganarse recompensas que colocan precio a la cabeza de peligrosos

delincuentes. Pareciera que han reemplazado a los políticos, a los educadores, a los sacerdotes, a los padres, a los amigos y, peor aún, que han adquirido la representación ciudadana ante la carencia de escenarios democráticos de discusión y deliberación pública.

La sustitución, además, nos invita a indagar por los desacomodamientos que se realizan en el campo político y en el territorio que lo nutre de significación: el espacio de lo público. Es necesario pensar si presenciamos un eclipse de lo político, aquél escenario de la interpelación ciudadana e identificación social, o una reconstitución de sus fronteras a través de los dispositivos informativos y redes tecnológicas mediante los cuales operan los sistemas masivos de comunicación. Así, lo que emerge en el centro del debate es analizar hasta dónde el sentido primigenio de lo político ha sufrido variaciones, y hasta dónde conserva sus cargas de significación en el momento de convertirse en "blanco" predilecto de las ocupaciones efectuadas, no sólo por la massmediatización de sus discursos, sino por las múltiples violencias que recorren nuestra sociedad.

El profesor Jesús Martín Barbero²³ ilustra sobre lo expuesto de la siguiente manera: ¿cómo pensar lo que en Colombia significó el asesinato de tres candidatos políticos en las elecciones presidenciales para el período 1990-1994 y el consecuente clima de terror y zozobra colectiva que en el país se desató, abortando las posibilidades de que la política se desarrollara en su lugar de siem-

22. Al respecto véase: Jesús Martín Barbero. "Comunicación y ciudad: entre medios y miedos". *Gaceta* No. 8. Santafé de Bogotá, Colcultura, agosto-septiembre de 1990. p. 4.

23. Este ejemplo fue planteado durante el seminario "Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de la comunicación", celebrado en la Maestría en Comunicación de la Universidad Javeriana de Bogotá, julio 26-31 de 1993.

pre: la plaza pública. Y que, ante esta situación, los medios de comunicación, con la televisión a la cabeza, se constituyeran en los escenarios hacia donde se trasladó el debate electoral? ¿Cómo se llevó a cabo ese realindramiento de lo público desde otros formatos y géneros discursivos que —de la mano de la massmediatización y su lógica de videopolítica— implicó *no* la muerte de lo público, pero sí otros modos de representación discursiva?

Obviamente, para el tradicional estudio sobre violencia y medios de comunicación, un cuestionamiento de tal naturaleza poco tendría que ver con sus coordenadas de interés. Obsesionado, como lo está, con un sólo tipo de violencia —la del conteo estadístico de los disparos y la sangre— y una sola forma posible de relación entre ésta y los medios —la de unos efectos sin contexto—, es muy poca la imaginación metodológica que otorga para indagar por la forma cómo éstos entran a llenar esos espacios abiertos por el miedo y el terror.

2. Desde un *movimiento constitutivo* de mediación comunicativa que nos conduce a considerar los siguientes aspectos: a) los medios de comunicación como espacios de reconocimiento cultural y, b) las mediaciones comunicativas como un componente clave en la reconstitución de la vida política y pública contemporánea, la misma que hoy se juega su existencia no sólo transitando las anchas avenidas electorales y

parlamentarias, sino también sus más oscuros callejones: allí donde la democracia es vida cotidiana, reconocimiento e identidad, es decir, proyecto cultural.

Los medios “[...] se constituyen dominantes del sentido «público» de la ciudad [y] simulan integrar un imaginario disgregado”²⁴ a partir de las informaciones sobre los sucesos con los que el país amaneció, las denuncias a medias de la corrupción administrativa, las actuaciones de los gobernantes escenificadas en formatos noticiosos, las programaciones de farándula y melodrama, así como desde los discursos noticiosos que llaman a la salvación o la desesperanza, al diálogo o la guerra.

En este sentido, los discursos de los medios son tan fragmentarios como la ciudad que habitamos y sus informaciones tan privatizadoras como la vida urbana. En esta relación, se instala esa sensación de llenura en el vacío que nos ofrece el “estar informados”, el saber qué sucedió en Medellín, en el Palacio de Nariño, en Ciudad Bolívar, en Urabá, en Londres, en New York, en Somalia o en la antigua Yugoslavia. Y es allí donde los medios adquieren *sentido cultural* y las muchedumbres urbanas se sienten partícipes del acontecer público, aunque sólo sea desde el “espejismo” de la información, dando lugar a eso que Gianni Vattimo denomina una verdad más simbólica que objetiva, tejida más por el cruce de imaginarios, mundos simbólicos y experiencias estéticas, que por producciones del saber científico.²⁵

24. Nestor García Canclini. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1991. p. 268.

25. Gianni Vattimo. “Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?”. En: Gianni Vattimo (Ed.). *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Anthropos, 1990. p. 15. Este autor señala la consolidación de una “sociedad de la comunicación generalizada” para referirse al papel central que han asumido los sistemas masivos de comunicación e información en los tiempos contemporáneos.

Con ambos movimientos, el desustitución y constitución, emerge una multiplicidad de *espacios virtuales*²⁶ que le dan forma y contenido a los rostros de la mediación. Espacios virtuales surgidos en el vector que conecta a la plaza, la calle, la ciudad y la "sociedad formal" con la platea, la pantalla de la televisión, el lugar de habitación y el mundo de lo "social informal", y que integra el acontecer público con la espectacularización, la mercantilización y la banalización, pero también con la interpelación, la reapropiación y la recomposición que de éste se realiza a través de los géneros y formatos que provienen de los medios y su entramado tecnológico.

IV. A modo de final. En torno a una "massmediación" con significación en la cultura

Alguien podría objetar el "ciego optimismo" de este trabajo al otorgar a lo massmediático atribuciones y responsabilidades que no le corresponden. Este enfoque "futurista" no pierde de vista una cuestión fundamental: la democracia en su relación con el campo massmediático va más allá de ampliar las fronteras del mercado y las clientelas de consumo de los bienes de cultura.²⁷

Una massmediación con significación en la cultura no puede pensarse sin tener en cuenta una noción de democracia que implique, además de unas *reglas*

de juego para actuar en lo corporativo-institucional, maneras deliberantes de reconstitución y reapropiación de lo simbólico que posibiliten la construcción de una vida colectiva digna. No es posible entender un acceso democrático a los espacios de comunicación masiva sin contemplar el problema de las oportunidades y formas de participación de las diferentes voces de la sociedad, no sólo en el lado de la recepción-consumo, sino en el de la producción-creación de ofertas culturales. Se debe pensar en la forma de asumir una sociedad de productos comunicativos que cuestione a aquella gobernada exclusivamente por las leyes de un mercado que deja por fuera de la discusión valores fundamentales como los derechos humanos, el arraigo cultural y la pertenencia colectiva; aspectos que no operan bajo la fórmula mágica del *marketing* y sus consignas de interpretación.²⁸

La centralidad de la comunicación mediatizada, en tanto componente relevante en la reorganización de lo social, no puede dejar de lado la búsqueda de espacios simbólicos que ganen en su tarea constructora de sentidos y mediadora de conflictos. La edificación de un ambiente democrático en cualquier sociedad pone en evidencia la participación activa de instituciones y saberes colectivos que contribuyan a que *unos y otros* se reconozcan como instancias valederas de diálogo y reciprocidad en

26. Sobre este concepto véase: Paul Virilio. "El último vehículo". En: *Videoculturas de final de siglo*. Madrid, Cátedra, 1990. También los trabajos de: Beatriz Sarlo. "Estética y comunicación: la escena massmediática". En: Hector Schmucler y María Cristina Mata (Eds.). Op. Cit. p. 49-60. Así mismo, el trabajo de María Cristina Mata ya reseñado.

27. Una crítica a la noción de democracia entendida sólo desde una esfera de mercado, puede encontrarse en Oscar Landi. "Campo cultural y democratización en Argentina". En: Nestor García Canclini (Ed.). *Políticas culturales en América Latina*. México, Grijalbo, 1987. p. 115 ss.

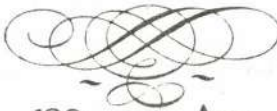
28. Un planteamiento sobre las carencias del mercado como núcleo articulador de la democracia en: Norbert Lechner. Op. Cit. p. 121 ss.

la resolución de las contradicciones y conflictos.

Lo que se entiende por descentramiento cultural es un cambio en el enfoque: en lugar de preguntar—a partir de unas formas de saber y de unidad supuestamente dadas— cuánta comunicación mediatizada soporta la sociedad, lo que está en el centro del debate es asumir la comunicación mediatizada—leve, fragmentada, audiovisual— como otra forma legítima de conocimiento que debe estar articulada con el orden colectivo.

Hoy no se puede pensar en procesos de democratización política y de democracia social pasando por alto las transformaciones que la comunicación,

el conocimiento y la información verifican en el escenario societal y viceversa. De suerte que la levedad pasa a ser mucho más que ligereza o superficialidad, pues en ella también habita esa pesadez que se esconde tras las bambalinas del descontento, las frustraciones y los anhelos colectivos. Allí conviven esos usos y apropiaciones del sentido, que hacen del horizonte massmediático un espacio posible de integración de proyectos de mediación pública en los que el acto de *comunicar* no sólo señale la homogenización y la persuasión individual, sino también la diversidad y el reconocimiento cultural, esto es, la necesidad de ampliar las voces que participan en la democracia.

Alma Mater

190 Años